

Gustavo Fares
Lawrence University, Wisconsin, EE.UU.
gustavo.c.fares@lawrence.edu

IDENTIDADES HISPANAS EN EE.UU.

Resumen: Este artículo analiza el tema de la identidad hispana / latina en EE.UU. como resultado de fuerzas históricas y políticas en juego desde el siglo XVI, despejando el tema de conceptos y prejuicios raciales o étnicos que tienden a justificar actitudes discriminatorias basadas en conceptos esencialistas. La categoría de “hispanos” que nace de varios encuentros ha significado el agrupamiento en EE.UU. de pueblos en su mayoría no-sajones, y dicha agrupación lleva a preguntarse ¿qué es ser “hispano” o “latino”? El artículo propone que la identidad hispana en EE.UU. surge como una manera de responder de manera coherente a una historia política que construye identidades en base a términos raciales. En suma, la raza y las identidades que ella sostiene nacen de procesos históricos y políticos y no constituyen una categoría “natural” dada. Como resultado de estos procesos, los grupos que se formen alrededor de la raza, y no de nacionalidades o culturas, en el esquema político norteamericano, tienen más posibilidades de que su voz se escuche a nivel nacional.

Palabras clave: Aztlán – Chicano – Cuba – etnia – EE.UU. – hispano – historia – identidad – imperio – independencia – latino – México – política – Puerto Rico – racismo – raza – religión – Spanglish

Abstract: This article analyzes Latino / Hispanic identity in the USA as the result of historical and political forces at play since the 16th

century, clarifying racist concepts that justify discrimination. The “Hispanic” category born of several cultural contacts has meant the grouping of various non-Saxon peoples in the USA, which prompts the question: What does it mean to be a “Hispanic” or “Latino”? The article aims at proving that Hispanic identity in the USA is a coherent answer to a political history that builds identities based on racial terms. To sum up, race and identity derive from historical and political processes, and do not constitute a “natural” category. As a result of these processes, groups formed around race, not nationality or cultures, have more possibilities to be heard in the American political system.

Key words: Aztlán – Chicano – Cuba – ethnic group – United States of America – Hispanic – history – identity – empire – independence – Latino – Mexico – politics – Puerto Rico – racism – race – religion – Spanglish

IDENTIDADES HISPANAS EN EE.UU.

1. INTRODUCCIÓN

Cuando enseñé clases de cultura latinoamericana en Lawrence University, en Wisconsin, EE.UU., me gusta proponer “adivinanzas”, o lo que denomino “definiciones situacionales de identidad”, a mis estudiantes.

- Adivinanza # 1: Soy una mujer caucásica, de piel blanca y ojos azules. Mis padres nacieron en Alemania y más tarde se establecieron en una comunidad alemana en Paraguay. Yo nací y me crié en Asunción del Paraguay pero fui a una escuela alemana, hablaba alemán en casa, miraba películas alemanas, y pasaba mis vacaciones de verano en Alemania. No hablo español a menos que deba hacerlo. De grande emigré a EE.UU. ¿Soy *Hispana*?
- Adivinanza # 2: Nací en la región amazónica del Perú, como el resto de mi familia. Cuando era aún niño, nos mudamos a Piura, en la costa, donde fui a la escuela y donde crecí. Hablo mi lengua indígena y el castellano. ¿Soy *Hispano*?
- Adivinanza # 3: Como todos en mi familia, soy parte africano, parte europeo, parte judío, parte católico, parte árabe, en otras palabras, soy español. ¿Soy también *Hispano*?

¿Cuáles son las soluciones o respuestas a estas situaciones, si es que las hay? O, para decirlo de otro modo, ¿qué significa el término *Hispano* tal como se usa en EE.UU.? ¿Es sólo un nombre que caracteriza a la gente y culturas de habla española? ¿Es un término relacionado con la raza? ¿La educación? ¿La lengua? ¿La etnia? ¿Una característica relevante en la cultura de EE.UU.? ¿Todos ellos? ¿Ninguno? Por supuesto, como otras categorías

sociales esta de *Hispano* identifica identidades socialmente construidas y, como tales, cambiantes de acuerdo con los fines para los que se usan, quién las usa, y en qué contextos lo hace. Los escritos contemporáneos sobre la cultura hispana en EE.UU. están llenos de ricas metáforas que señalan el carácter fluido de estas construcciones culturales. Las metáforas van desde la nueva “cartografía de terrenos culturales” (“remapping of cultural terrains”) a la “(de)construcción de fronteras físicas y de puentes históricos” (“(de)construction of physical borders and historical bridges”), a una “desterritorialización de las corrientes dominantes” (“deterritorialization of the mainstreams”), para normar sólo tres ejemplos. Estas imágenes no se aplican exclusivamente a las comunidades *Hispanas*, pero sí se usan para expresar sus dilemas y luchas relacionadas con la noción de identidad que se adopte para las mismas. Estas cuestiones no son completamente nuevas, aunque las maneras de tratarlas quizás sí lo sean. Las comunidades llamadas hispanas se encuentran en el actual territorio de EE.UU. aún antes que éste se declarara independiente en 1776. El dominio español en el Nuevo Continente instituyó el idioma castellano como lengua franca y oficial desde lo que es hoy el Sudoeste de EE.UU. hasta el Cabo de Hornos admitiendo o tolerando, además, la existencia y la persistencia de las lenguas y culturas, variadísimas, de la población autóctona. Tal coexistencia generó, y sigue generado, una de las características del continente y de su gente, el *mestizaje*, que también define, en gran parte, a las comunidades hispanas que viven actualmente en EE.UU. Pero, ¿qué más caracteriza a estas comunidades? Es posible afirmar que la geografía y la historia siempre han tenido un papel importante a la hora de definir esta “Tercera hispanidad” como la llama Carlos Fuentes.

Teniendo en cuenta ambas nociones, la de geografía y la de historia, resulta complejo definir la identidad de estas comunidades en EE.UU. porque los hispanos varían entre sí tanto como del resto de sus habitantes. Es así que la mayoría de hispano-hablantes o de gente de cultura hispana, no son inmigrantes a EE.UU., sino nacidos en los diferentes estados de la Unión: nativos de California, Nueva México, Nevada, etc., que a veces hablan castellano, más allá de su dominio total o parcial del inglés. A estos grupos, que tienen raíces en EE.UU. aún más antiguas que las de los padres peregrinos, se agregan los que han inmigrado al país, particularmente a partir de la

Segunda Guerra Mundial, tanto desde México y América Central, como desde el resto del continente. La diversidad de origen está acompañada por una similar diversidad racial, política y cultural. Estos grupos no coinciden, necesariamente, en las maneras de llamarse ni en sus modos de identificación cultural: mientras que la mayoría de los descendientes de mexicanos adoptan el término de *la raza*, otros, con los mismos ancestros, prefieren llamarse *hispanos*, salvo en Tejas, donde son más usados los términos *tejanos* o *latinos*. Otro tanto ocurre con los habitantes de Puerto Rico, quienes además se encuentran divididos entre mantener el status quo de la política de la isla o lograr ya su independencia, ya su total asimilación a la Unión. Y a estos se agregan los inmigrantes del resto de América, que hacen que Nueva York por ejemplo, sea la urbe con más dominicanos después de Santo Domingo. Por último, muchos de los identificados por el resto de la población norteamericana como “hispanos” o “latinos” ni siquiera hablan español aunque muchas veces, por raíces culturales y familiares, comparten ciertas características con los grupos hispano-parlantes.

Si esta variedad de orígenes y definiciones dan una idea de la complejidad cultural de las comunidades de habla y/o cultura “hispana” en EE.UU., a ella se suman dos cuestiones más que enriquecen el tema de sus identidades. En primer término es necesario saber cómo son las relaciones entre los no-hispanos hablantes de EE.UU. y los grupos de habla y/o cultura hispana; en segundo lugar está el problema de qué significa ser hispano en ese país, y cómo se puede entender el concepto en el presente. En lo que sigue, estudio estas cuestiones a través de la historia, para proponer luego una respuesta aproximativa al tema de las identidades hispanas en EE.UU.

1.1. La cuestión del nombre

Antes de examinar estas ideas quiero detenerme en la cuestión del nombre y de lo que implica el uso de los términos “hispano” o “latino”, ya que los nombres nos dicen no sólo lo que creemos ser, sino lo que los otros creen que somos. “Hispanos” o “latinos” parecen ser las únicas alternativas viables para nombrar a los grupos que nos atañen, según Jorge J. E. Gracia, ya que cualquier otra denominación parece ser excluyente (Gracia, 2000: 1). “Iberoamericanos” no se acepta en EE.UU., en tanto incluyen a los íberos, quienes no acaban de tener un estatus étnico claro, ya que al ser europeos no son comúnmente asociados con las poblaciones de América Latina. “Latinoamericanos” tampoco es un vocablo aceptado para designar a los grupos “hispanos”, ya que la mayoría de ellos no son originarios de esas tierras, sino nativos de EE.UU. “Chicano” y “Raza” han sido propuestos por sociólogos y activistas para referirse a aquellos latinos de ascendencia mexicana que viven en EE.UU., pero tampoco sirven por ser algo estrechos, ya que “Chicano” alude solamente a los México-americanos y no se aplica a otros que no sean de esa comunidad, mientras que “Raza” no llega a incluir a todas las razas que forman los grupos latinos.

Hispanic en inglés es una transliteración del español “hispánico” o “hispano”, que es siempre un adjetivo. El sustantivo correspondiente es “hispano” o “hispana” que también se usa como adjetivo. Estos términos tienen una raíz común, la palabra latina “Hispania”, usada por los romanos para referirse a la península Ibérica, y cuyo origen es algo oscuro. Una creencia es que nació antes del Imperio Romano y que, originalmente, significaba “Tierra de Conejos” (Gracia, 2000: 2). La evolución lingüística convirtió al “Hispania” latino en el castellano “España” que, debido al éxito de los castellanos en la península Ibérica, fue apropiado por ellos para el reino que establecieron en Europa y para el país que aún hoy día está bajo el control castellano. En EE.UU. el término “español” se usó no sólo para los ciudadanos de España, sino también para el idioma castellano en sus manifestaciones regionales. Sin embargo, además de utilizarse en conexión con los habitantes de España sin importar su origen étnico o el idioma que hablen, “hispano” se usa también para designar a los habitantes de los países hispano-hablantes de Latinoamérica, y a las personas que tienen ascendientes de España o de Latinoamérica y que viven en EE.UU. Curiosamente, como señalé antes, los españoles en EE.UU. se excluyen a si mismos de la

clase de gente que el término "hispano" denota debido a que en ese país la palabra toma el sentido de algo no europeo, y sólo de manera secundaria tiene la connotación de ser español y, por lo tanto, no realmente español.

Quienes se oponen a usar el término "hispano" lo hacen por varias razones. Dicen que en el mejor de los casos, el término es confuso, porque no tiene una clara significación; no hay una propiedad o conjunto de propiedades connotadas por este término, ya que no hay una esencia "hispana". Tampoco es bueno para designar gente de un cierto territorio, ya que la realidad indica otra cosa. El Río Grande, o Bravo, no marca una frontera entre gente que es hispana y gente que no lo es. También se ha tratado de justificar el uso de "hispano" para designar a la gente que habla español, pero entonces se complica el panorama. En España no toda la población habla español y en Latinoamérica tampoco. El criterio cultural funciona algo mejor, aunque también falla ya que son tantas las culturas que se incluyen y tantas las que se excluyen que realmente no tiene mejor fortuna que los otros.

Desafortunadamente la situación no es mucho más clara con el vocablo "latino/latina". Esta palabra fue creada por los franceses para distinguir la América anglosajona de la que no lo era, y por necesitar un término que pudiera integrar la América francesa, española y portuguesa en una sola unidad, en contraste con la América inglesa. Esto dio origen a la introducción del término "Amérique Latine" que, por supuesto, significa de origen latino, como opuesto al origen anglosajón. Como muchos de los vocablos franceses en el idioma, este quedó pero, curiosamente, los franceses en Norteamérica están excluidos de la categoría "latino", ya que los habitantes de Québec no son "latinos" en el sentido que se le da a esta palabra en Norteamérica. Además, "latino" alude a la simpatía con el resto de Latinoamérica y con los países del Tercer Mundo, e implica que los latinos no son solamente no-españoles, dando relevancia a las contribuciones de los africanos y de los indígenas a la cultura. En los años 1970, una nueva encarnación de este término quería, además, separar las comunidades de habla hispana de Norteamérica, de las de España usándose para designar a aquellas, mientras que se llamaba "hispanas" a estas últimas. Pero, parece negativo adoptar cualquier nombre impuesto por un grupo extranjero a gente que no lo eligió, de modo que ¿por qué vamos a hacer

nuestro un nombre que es francés? preguntan los latinos o los hispanos.

Muchos se oponen a ambos nombres por las diferentes asociaciones que tienen y por las exclusiones que llevan a cabo. Ed Morales, periodista que ha cubierto temas de la comunidad latino-hispana, propone que la diversidad de estas comunidades no puede quedar encapsulada en estereotipos ni en rótulos (Morales, 2002). La gran resistencia de los "hispanos/latinos" a ser percibidos como una comunidad monolítica indujo a algunos sociólogos y escritores, como Morales, a reemplazar la idea de "hispanos/latinos" por la de "Spanglish", que según expresa dónde están y qué están haciendo estas comunidades, más que de donde vienen o que idioma hablan.

Finalmente, hay quienes afirman que, en realidad, es tan difícil encontrar nombres que es mejor no usar ninguno. Sin embargo, a pesar de lo que uno opine, es una realidad que los epítetos "hispanos/latinos" se usan con motivos económicos, sociales, culturales y políticos. Lo importante, entonces, no es rechazarlos de plano y decir "yo no soy esto" cuando la sociedad, y no uno, es quien usa estas divisiones, sino tomarlas y ver cómo se pueden utilizar teniendo en cuenta que estas categorías son siempre construcciones sociales de carácter fluido. El origen y contenido de las mismas debe buscarse en la historia. Decimos historia y no "esencia" ya que "hispano" o "latino", se usen en sentido positivo o negativo, no identifican una raza, ni un idioma, ni un origen geográfico, sino una comunidad histórica en un lugar determinado. El uso de la historia para definir a los hispanos es importante por dos razones. Primero, para conocerlos, ya que son productos históricos y su identidad es, fundamentalmente, histórica. En segundo lugar, para abrir las puertas a cambios y desarrollos, ya que es necesario estudiar las condiciones que gobiernan la existencia presente de estas comunidades en contexto, para lo cual es preciso examinar la historia de tal contexto. Con Hayden White es necesario aclarar que cuando entramos en la historia, debemos tener en cuenta en la historia de quién entramos, ya que la misma varía considerablemente de acuerdo al grupo de referencia o comunidad interpretativa que se tome en cuenta (White, 1982: 2-13). En otras palabras, la historia del pueblo vasco, por ejemplo, será diferente a la historia oficial de España, país al que la comunidad autónoma tiene sus dudas en pertenecer. Algo similar ocurre con la historia oficial de EE.UU., *vis-a-*

vís la que cuentan las comunidades hispanas. Propongo entrar en la historia de esta última para examinar, desde un punto de vista no hegemónico, la formación de las identidades y de las comunidades hispanas-latinas, para luego relacionarlas con el tema de la identidad.

2. EL PROBLEMA

Dice Juan Gonzáles que en la tercera centuria antes de Cristo, el primer emperador de la dinastía Chin empezó la muralla china para detener el influjo de Hunos del Norte (González, J., 2000: ix). A los chinos les llevó 7 siglos completar la barrera, que se extiende por 2.400 km. La imitación norteamericana no es tan impresionante. Es la barrera que, al principio de la década de los 1990, el gobierno empezó a erigir en secciones de la frontera de 4.200 km. con México, y de la que, hacia 1998, es decir casi 8 años más tarde, se habían completado solamente 100 km. ¿Para qué la barrera? La misma está relacionada con el movimiento de trabajo y de trabajadores hacia el Norte, que se compara en tamaño con la gran migración de norteamericanos hacia el oeste en el siglo XIX, movimiento que ha empezado a configurar la así llamada "latinización" de EE.UU. Esta es una inmigración sin paralelos, desde México, el Caribe y América Central y del Sur, a partir sobre todo de la Segunda Guerra, y especialmente desde los años 1960 en adelante. Unos 14 millones de personas han sido admitidos legalmente en EE.UU. entre 1981 y 1997, y millones más han entrado ilegalmente, y más del 50% de estos inmigrantes son de Latinoamérica. Cuando las cifras finales se computen, las últimas dos décadas del siglo XX habrán sido más numerosas en inmigrantes que el record anterior, de 1901 a 1920, cuando 14 de millones de europeos llegaron a las costas de EE.UU. La población de origen hispano en EE.UU. es más de 30 millones, o alrededor del 10% del total, y aún mayor si se incluye Puerto Rico, con 3.800.000. El número de latinos en el país se habrá multiplicado a más de 40 millones para el 2010, cuando serán el grupo que más rápido se reproduce, el más joven, y el que seguirá constituyendo la minoría más numerosa. Este crecimiento se ha concentrado en las

ciudades más grandes de la nación. Nueva York, por ejemplo, tiene ya un 28% de hispanos, con 2 millones de puertorriqueños, dominicanos, colombianos y otros ciudadanos de Centro y Sudamérica. Los Ángeles tiene una población de más del 40% hispana, y Miami, más del 50%. Los cuatro estados más populosos, Nueva York, California, Tejas y Florida, albergan más del 60% de los hispanos del país, y en California y Tejas, uno de cada cuatro residentes es hispano. Este cambio demográfico es tan masivo que está transformando la composición étnica del país y desafiando aspectos claves de su identidad cultural, lenguaje, cultura, e historia, así como las estructuras de poder y las instituciones, que parecen no haber estado preparadas para semejante influjo.

En lugar de referirse a las causas de este cambio, las instituciones gubernamentales, a partir de los años 90, simplemente trataron de reprimirlas y de revertirlas. Hasta no hace mucho tiempo, Latinoamérica era, en la imagen de la población anglo de EE.UU., algo así como un patio exótico, sin poder ni influencia, una serie de "repúblicas bananeras" semi-civilizadas que no se distinguían mucho una de otra. Pero ahora los inmigrantes latinos, producto de todas estas viejas políticas, han invadido "el jardín y la casa" de Norteamérica. Están sobrepoblando sus escuelas, su ejército, y sus cárceles y su masiva presencia ha creado un sentimiento de inseguridad entre los ciudadanos anglos o descendientes de europeos, que en los años 1990 creían que el país estaba siendo atacado por una horda moderna de Hunos, que hablan español y están a las puertas del "Imperio". Como respuesta a este sentimiento, las legislaturas conservadoras han venido aprobando leyes para controlar más la inmigración, así como para que se hable solamente inglés en el país. Al crecer la población latina, aún los norteamericanos políticamente moderados comenzaron a tener problemas con el cambio demográfico, que resultó en un nacionalismo étnico entre los nuevos inmigrantes, y en un nuevo movimiento multicultural que buscaba integrarse en los servicios sociales, las escuelas públicas, y las universidades. Sin embargo, en EE.UU. la mayoría sabe poco acerca de esta migración, a no ser lo que ven en las noticias. Saben poco de los imperios económicos y coloniales que los antecedieron y del de EE.UU. en sí, así como de las corporaciones multinacionales creadas durante el período de expansión territorial del país en los siglos XIX y XX. Y saben aún

menos acerca de cómo este imperio hizo que su expansión territorial y económica sentaran las bases para la inmigración masiva que ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial. Tal ignorancia es el caldo de cultivo donde se nutren y prosperan miedos e ideas racistas, anti-católicas, nativistas, y conservadoras como las del catedrático de Harvard Samuel Huntington, cuyo libro *¿Quiénes somos?* se convirtió inmediatamente en un volumen muy comentado. *¿Quiénes somos?* prevé que el país se dividirá en dos culturas con dos lenguajes, una anglo, otra hispana, y que esta última vivirá en enclaves políticos y lingüísticos, desde Los Ángeles a Miami, rechazando los valores protestantes que construyeron la prosperidad de EE.UU. No son los hispanos los únicos grupos cuyo comportamiento o cultura, según Huntington, contribuirán a la desaparición de esta sociedad. Este autor identifica también entre los “malos” a los ejecutivos de corporaciones transnacionales, a la élite liberal, a quienes tienen doble nacionalidad, a los “desconstruccionistas”, o intelectuales, sobre todo en las universidades. Como vemos, la lista es amplia e incorpora tanto a inmigrantes como a estadounidenses, pero el capítulo dedicado a aquellos es el que ha causado mayor revuelo. Dice el autor que ninguna nación ha experimentado el tipo y la cantidad de flujo migratorio desde un país limítrofe. Esta población, agrega, se resiste a asimilarse al “credo” anglo-protestante del país a donde llega, a aprender su idioma, y a respaldar sus valores, y cuya amenaza puede caracterizarse mediante seis factores: contigüidad, escala, ilegalidad, concentración regional, persistencia y presencia histórica (Huntington, 2004: 260-269). Si bien estas ideas son moneda cada vez más corriente en EE.UU., son sin embargo ideas nativistas ya ensayadas en el pasado, y vagas generalizaciones que, más que tener en cuenta la realidad, se apoyan en una ideología anti-católica, racista, y aislacionista. Pero algo de lo que los nativistas actuales, como Huntington, dicen, es, sin dudas, cierto: las últimas migraciones a EE.UU. han sido diferentes de otras. Han llegado 21 millones de extranjeros legales entre 1960 y 1996 en la segunda ola de migración más grande de la historia del país, lo cual desafía la imagen que EE.UU. tiene de sí misma como una nación con mayorías y raíces europeas. Es también cierto que algunos de estos nuevos inmigrantes difieren de los europeos, y aun de los asiáticos, ya que los inmigrantes de América Latina y del Caribe se enfrentaron

a factores externos específicos al tiempo de su inmigración, que afectaron su integración, o la falta de la misma, a la vida nacional. A diferencia de los europeos y de los asiáticos, los latinoamericanos se mudaron del patio del imperio, al imperio mismo, de una parte del nuevo mundo a otra del mismo hemisferio. Debido a que sus países de origen están cerca de EE.UU., la relación con este último fue y es más tenue y con aquellos más fuerte que la de las olas migratorias europeas que vinieron antes. Además, al llegar de países que durante mucho tiempo fueron dominados, política o económicamente, por EE.UU., la actitud de los inmigrantes latinoamericanos hacia la sociedad norteamericana fue invariablemente más ambivalente y francamente más crítica que la de otros inmigrantes. Finalmente, el momento de su llegada coincidió con la fase en la cual EE.UU. entraba en una economía post industrial basada en la información y en los servicios, y que dejaba de lado las manufacturas, lo cual ha tenido un enorme impacto en la posibilidad de los latinoamericanos de integrarse en la vida nacional.

Sin importar qué tipos de restricciones se pongan es seguro que la inmigración de Latinoamérica continuará a niveles históricamente altos por buena parte del siglo XXI ya que está promovida por fuerzas políticas, económicas y demográficas fuera del control de cualquier reforma de inmigración. Los inmigrantes llegan a EE.UU. en relación directa con el crecimiento del imperio norteamericano, y su llegada responde, antes que nada, a las necesidades del imperio, ya sean políticas (para estabilizar los países vecinos o para aceptar refugiados) o económicas (para que hagan los trabajos que la economía americana demanda).

Las preguntas que caben hacerse, relacionadas con el tema de la identidad de estas comunidades en EE.UU., son: ¿por qué cada grupo decidió emigrar a ese país? y ¿cómo se integraron y construyeron sus comunidades una vez radicadas en él? Una respuesta preliminar, que examinaremos más a fondo, es que, si Latinoamérica no hubiera sido explotada por el capital norteamericano desde la independencia en adelante, millones de personas no habrían ido a reclamar una parte de esa riqueza. Y, además, si hoy EE.UU. es la nación más poderosa del mundo lo es, en gran parte, gracias a la contribución, forzada o voluntaria, de obreros y trabajadores, territorios y recursos, de toda Latinoamérica. Veamos, pues, cómo se formaron esas comunidades a partir de las

relaciones de EE.UU. con España, primero, y con América Latina después, para entender mejor el tema de las identidades hispanas contemporáneas. Divido el estudio histórico en las siguientes fases: de 1500 a 1800, de 1810-1898, con particular atención a los años de la independencia, y de 1898 hasta el presente.

3. LA HISTORIA

3.1. De 1500 a 1800

Cuando los europeos se encontraron con el Nuevo Mundo recién habían empezado a emerger de un largo período de atraso. La peste negra había diezmado a Rusia en 1350 y dejado 25 millones de muertos. Una serie de epidemias habían eliminado del 60% al 75% de la población de Europa en unos pocos siglos. Había tan pocos agricultores trabajando la tierra, que los precios subieron y nuevas clases de gente común se hicieron ricas, mientras muchos nobles se empobrecieron. Hacia el siglo XV, cuando la frecuencia de las plagas disminuyó y la población volvió a aumentar, el continente vio la luz de una era de logros artísticos y científicos. La prensa, los inventos, el Renacimiento en suma, posibilitaron la expedición de Colón en 1492, así como la presencia de genios como Jerónimo Bosch y Leonardo da Vinci, Machiavello y Erasmo, Tomás Moro y Copernico. La revolución en los medios de producción y en el saber se reflejó también en la política. Por primera vez los monarcas, sin tener que compartir demasiado poder con los nobles, dirigían Inglaterra y España decididos a crear naciones unificadas de los reinos y noblezas que habían luchado entre sí por tanto tiempo. Irónicamente, la ocupación de los moros y la reconquista prepararon a España para su rol imperial en América. La ocupación hizo que el país, y la ciudad de Córdoba en particular, se transformaran en los centros más importantes de estudios de la ciencia y la filosofía en el mundo Occidental, al mismo tiempo que la lucha engendró una mentalidad guerrera en los hidalgos, que era la nobleza más baja de España. Estos hidalgos fueron los que luego se transformaron en conquistadores y poblaron las armadas que conquistaron el Nuevo Mundo. Las guerras contra los moros, además, proveyeron las

prácticas utilizadas en la colonización, con los reyes españoles adoptando gradualmente la costumbre de pagar a sus ejércitos con el reparto de las tierras recobradas en batalla. Finalmente, la Reconquista reforzó la convicción entre los españoles de que ellos eran los verdaderos defensores del catolicismo, y esta idea se enarboló como una de las razones principales para llevar adelante la conquista y la colonización.

A diferencia de España, que se volvió cada vez más monolítica e intolerante a lo largo de la Reconquista, Inglaterra emergió de la Edad Media llena de conflictos entre su propia gente, entre ellos la Guerra de 30 Años que acabó cuando Henry Tooter (Enrique VII) de la Casa de Lancaster venció a Ricardo III de la Casa de York. Enrique VII rápidamente creó un gobierno centralizado y un sistema de impuestos, siendo el primer monarca inglés en hacerlo, y su éxito se basó, en gran medida, en la prosperidad de los agricultores ingleses, en el florecimiento del nacionalismo, y en sus concesiones, avanzadas para la época, a los gobiernos locales. Así fue que en 1497 Enrique VII se encontró en posición de despachar al explorador John (Juan Sebastián) Cabot o Caboto a América. Caboto llegó a New Foundland, ahora Canadá, y reclamó Norteamérica para la corona inglesa, pero pereció en el viaje subsiguiente antes de establecer una colonia. Esta fatalidad, al mismo tiempo que el descubrimiento de minerales preciosos en México y en Perú unas décadas más tarde, le permitió a España catapultarse al pináculo de los poderes mundiales en el siglo XVI. Mientras tanto, los ingleses sin colonias y cada vez más consumidos por luchas políticas y religiosas en su país, se redujeron a tratar de sacarle pedacitos a la grandeza española a través de la piratería. Cuando, finalmente, desembarcaron en el Nuevo Mundo y comenzaron a establecer un imperio 100 años más tarde, en el siglo XVII, trajeron con ellos, no solamente su tradición de gobierno local, sino también los vestigios de sus conflictos domésticos.

Los libros de texto que se leen en EE.UU. aceptan que los conquistadores españoles cruzaron y recorrieron el continente cuya tierra reclamaban para la corona. Pero la mayoría de los historiadores angloamericanos han promovido la idea de que la presencia española desapareció rápidamente, dejando un impacto menor en la cultura del país, comparado con el de la herencia anglosajona. Sin embargo, las tempranas expediciones españolas

tuvieron como resultado el establecimiento de centros a través de Norteamérica, que resultaron en la fundación de sus ciudades más antiguas, San Agustín, en la Florida y Santa Fe, en Nueva México, y en cientos de nombres de accidentes geográficos de EE.UU. Estos primeros asentamientos introdujeron una población de habla hispana, más precisamente una población latino-mestiza de habla hispana, que ha existido continuamente desde entonces. Esta herencia y la sociedad colonial a la que dio origen, han sido dejadas de lado en los debates contemporáneos sobre la cultura, el lenguaje, y la inmigración hispana y sería bueno que la revisemos en sus partes más salientes, ya que tiene una gran importancia para las comunidades que hoy habitan EE.UU. y que son descendientes de esos asentamientos.

Juan Ponce de León fue el primer europeo que llegó a lo que es hoy EE.UU. Su fracasada expedición para encontrar la fuente de la juventud llevó al descubrimiento en 1513 de la Florida. Casi dos décadas después de su muerte, Francisco Vázquez de Coronado y Hernando de Soto, sus imaginaciones saturadas con los cuentos de Cortés y de su conquista de México, organizaron expediciones para encontrar las ciudades del oro. Saliendo de México central en 1539, Coronado descubrió lo que es hoy Arizona, Nueva México, Tejas, Oklahoma, Kansas y, para cuando la expedición regresó en 1542, los españoles habían descubierto el Gran Cañón, y cruzado y nombrado muchos de los más grandes ríos del continente, pero no habían descubierto oro. El mismo año que Coronado partió, de Soto encabezó una expedición que salió de Cuba y que exploró la mayoría de Georgia, Carolina del Sur, Alabama, Mississippi, Arkansas y Louisiana, pero él y la mitad de sus hombres perecieron sin encontrar tesoro alguno. La odisea más extraordinaria fue la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien llegó a Florida en 1527, 15 años antes de de Soto, en la expedición de Pánfilo de Narváez. Después de llegar a la costa oeste de la península, la expedición de 300 hombres pasó cerca de lo que es hoy Tallahassee, y perdió contacto con sus buques, pereciendo la mayoría de los hombres a manos de los indios. Los cuatro que quedaron vivos, entre ellos Alvar Núñez Cabeza de Vaca y el moro español Estevanico, se dirigieron hacia la costa del Golfo, y pasaron 7 años vagando en la tierra salvaje de Norteamérica. De su odisea de cruzar a pie 9.600 km., la primera de tal magnitud en el continente llevada a cabo por europeos, se

preserva el informe que Cabeza de Vaca escribió al rey de España en 1542. Cuando llegó a la civilización en 1534, en el norte de México, Cabeza de Vaca era un hombre transformado. Ya no le llamaban más la atención las costumbres nativas, a las que estaba totalmente integrado, pero sí le asombraba el barbarismo de los españoles en su trato con los americanos, y los previno acerca de la devastación que se aproximaba con la conquista. Tal devastación aún hoy asombra. Hacia fines del 1500, sólo cien años después del comienzo de la conquista, sólo dos millones de nativos permanecían vivos en todo el hemisferio; habían perecido, pues, alrededor de un millón de nativos anualmente, durante gran parte del siglo XVI, en lo que se llamó el más grande genocidio de la historia humana. En la isla de Española, por ejemplo, que estaba habitada por un millón de tainos en 1492, 20 años más tarde quedaban menos de 46.000.

En las colonias inglesas perecieron menos nativos sólo porque la población era más escasa y no estaba asentada. Aún así, los porcentajes son macabros. El 90% de la población india en contacto con los anglosajones pereció en el primer medio siglo después de que los puritanos llegaron a Plymouth Rock. Los indios de Block Island, en lo que es hoy Rhode Island, cerca de New York, por ejemplo, pasaron de 1.500 a 51, entre 1662 y 1774. Los Wampanoag, de Martha's Vineyard, en el noreste del país, declinaron de 3.000 en 1642, a 313 en 1764. Los Susquehannock, en Pennsylvania central, casi desaparecieron, pasando de 6.500 en 1647, a ser 250 en 1698 (González, J., 2000: 11). La mayoría de este cataclismo no se pudo impedir. Los indios sucumbieron, no a la violencia, sino a las enfermedades, tuberculosis, peste bubónica, escarlatina, rubéola, para las cuales no tenían inmunidades, así como los europeos habían sucumbido a sus propias epidemias unos siglos antes. Pero lo que asombra, además de éstas por resultados casi naturales, es la cantidad de muertes por masacres y por esclavización. Si los españoles exterminaron más indígenas que los británicos y los franceses, es porque encontraron civilizaciones con mayor población, más complejas, con más riquezas, sociedades que desesperadamente resistieron sus intentos de subyugarlos y esclavizarlos. Menos de 25 años después de la llegada de Colón, el cura franciscano Bartolomé de las Casas se convirtió en el primer sacerdote ordenado en América y, dejando sus tierras y su riqueza, se embarcó en una campaña para hacer que los colonizadores

trataran mejor a los indios. Su *Breve historia* dio origen a la “leyenda negra” cuando fue tomada por los ingleses para justificar sus incursiones en la América española, pero también su infatigable esfuerzo en apoyo de los amerindios llevó a España a la adopción de las Nuevas Leyes de Indias en 1542, reconociendo a los indios como sujetos libres e iguales a los ciudadanos españoles ante la Corona.

3.1.1. El papel de la religión

Mientras los colonos europeos justificaron la conquista de Las Indias y el genocidio como la voluntad de Dios, españoles e ingleses divergieron sustancialmente en sus métodos de subyugación, lo cual, eventualmente, llevó al establecimiento de sociedades coloniales radicalmente diferentes. Los reyes ingleses ordenaron a sus agentes que conquistaran, ocuparan y poseyeran las tierras de los infieles, pero no dieron especificaciones acerca de qué hacer con la gente que allí vivía, mientras que los de España, siguiendo los dictados del Papa Alejandro VI, no sólo quisieron quedarse con la tierra, sino también convertir a los indios y hacerlos católicos. En España la Corona y la Iglesia vieron a la colonización y a la conversión como un esfuerzo conjunto. Las primeras colonias inglesas, por el contrario, comenzaron como asentamientos de familias y mantuvieron la separación con las comunidades indias, a veces mediante leyes segregacionistas. Los ingleses tampoco vieron la conversión de los indios como algo importante. Si es cierto que la compañía Virginia listaba el trabajo de misioneros como uno de sus propósitos, cuando la Corona le dio Jamestown en 1607, nunca trajo un solo misionero a Virginia y el colegio que había prometido para los nativos nunca se llegó a construir. De la misma manera, los Puritanos de Nueva Inglaterra se segregaron de los indios, y ni salían de sus propios asentamientos para convertirlos aun después de décadas de haber llegado. Cincuenta y cinco años después de la llegada de éstos a Plymouth, no más de 100 nativos en toda Nueva Inglaterra practicaban el Cristianismo. A través de la historia colonial sólo Williams Rhode y su colonia de los Cuáqueros en Pennsylvania

demonstraron alguna voluntad de coexistir en armonía con sus vecinos indios y de querer propagar la fe cristiana.

En las colonias españolas los nativos eran muchísimo más numerosos y las políticas de la Iglesia Católica mucho más agresivas. Los líderes eclesiásticos hicieron más que reconocer la humanidad de los indios y acomodar el mestizaje. Despacharon una verdadera armada de monjes franciscanos, dominicos, y jesuitas que sirvieron como la vanguardia del colonialismo español del siglo XVI. Los monjes percibieron el caótico origen del capitalismo en Europa como el iniciador de una era de decadencia moral. En los nativos americanos imaginaron un ser humano más simple y menos corrupto, que podría llegar a recibir con mayor apertura y a servir a la palabra de Dios, de modo que abandonaron España y establecieron misiones en las Américas que se convirtieron en el principal asentamiento de frontera de la América española, a partir de 1520. Mucho antes de la expulsión de los jesuitas de los territorios españoles en América en el siglo XVIII, los monjes españoles habían ya jugado un papel crucial en la colonización de partes enormes de EE.UU. Además de fundar las misiones, la Iglesia llegó a cada rincón de la vida colonial, ya que funcionaba al lado del gobierno civil y, muchas veces, sobre éste. En cada ciudad fundada por los españoles aún hoy se ve alrededor de la plaza el centro político, el Cabildo, el centro de la Corona, la Casa Real, y el centro religioso, la Iglesia. Más aun, mientras que la Corona recolectaba un 5% de fondos de la elite colonial, la Iglesia recaudaba un 10% de todos, ricos y pobres. Ninguna iglesia Colonial inglesa tuvo un monopolio de poder y riquezas que se aproximara al de la Iglesia católica de los territorios españoles.

3.1.2. El papel de la raza

Más allá de sus prácticas religiosas o de sus mitos creativos, los mundos coloniales ingleses y españoles diferían substancialmente en sus actitudes hacia la esclavitud y hacia la raza. El largo período de dominación árabe había dejado un legado indeleble de mezcla racial y cultural en la Península, que los españoles que vinieron a

América trajeron consigo. Los ocupantes moros de la península Ibérica frecuentemente tomaban esposas españolas y practicaban la mezcla racial y cultural, de tal manera que hacia el siglo XV, había cristianos de piel oscura, moros de piel clara, e híbridos de todas las razas y complejiones. Algunos musulmanes llamados “mudéjares” continuaron viviendo bajo el dominio cristiano, mientras que algunos cristianos llamados “mozárabes” aprendieron a hablar árabe y adoptaron hábitos musulmanes. Esta tradición de mezcla racial y cultural hizo aún más aceptable para los colonos españoles la mezcla y las uniones bi-raciales tanto con los amerindios como con los africanos. Esto fue especialmente cierto de los colonos andaluces del sur de España, la provincia que sufrió el dominio moro durante más tiempo y que, a su vez, suministró alrededor del 40% de los primeros colonos que vinieron a América. Al mismo tiempo Sevilla, puerto principal de Andalucía, fue la ciudad más cosmopolita de España durante la colonia, y el nexo del comercio con África.

Pero la mezcla racial no significó necesariamente la igualdad racial. Los españoles y los criollos de las clases altas temían a la gran cantidad de indios y de esclavos negros de las colonias y, además de prohibirse el casamiento entre blancos y gentes no blancas, la institución del matrimonio jugó un rol distinguido en la sociedad española, ya que era una de las muchas maneras que la Iglesia utilizaba para mitigar los peores aspectos de la esclavitud tan evidentes en las colonias inglesas. La prevalencia de casamientos, uniones consensuales y mezclas llevó a diferencias notables en cuanto al derecho de los esclavos en las colonias inglesas y españolas, especialmente hacia el fin del siglo XVIII. Hasta entonces, todos los poderes coloniales habían permitido que los dueños liberaran a los esclavos, pero después de la revolución de esclavos de Haití, los británicos, franceses y holandeses comenzaron a restringir la manumisión, mientras que los portugueses y los españoles promovieron y codificaron la práctica en sus colonias. Como resultado, sólo en las colonias portuguesas y españolas se desarrollaron clases enormes de esclavos libres y, con ellos, el grupo de los mulatos, en algunos países llamados pardos o morenos, que son distintivos de la diversidad racial de Latinoamérica y que se diferencia racialmente del tratamiento que en Norteamérica se da a la clasificación racial de blanco o negro. De acuerdo con el primer censo federal de EE.UU. en 1790, los afro-americanos libres eran

menos del 2% de la población, mientras que los esclavos negros eran alrededor del 33%. Lo opuesto ocurría en los dominios españoles y portugueses donde los esclavos libres eran mucho más que los que permanecían en servidumbre.

3.1.3. Sistemas coloniales

Pero más que por sus actitudes hacia la religión y hacia la raza, las colonias españolas e inglesas diferían radicalmente en las maneras como manejaban sus sistemas políticos y económicos. En España y en sus colonias, la Corona se ocupó de la sociedad colonial desde el primer momento. Los conquistadores funcionaban como agentes directos de la Corona y el objetivo primario de España, al menos durante la primera centuria de la colonia, fue obtener oro y plata. Hacia 1600 las colonias ya habían producido dos billones de pesos, tres veces la cantidad de oro que había en Europa antes del primer viaje de Colón. La agricultura y la industria domésticas no funcionaban bien para los más de 200 mil españoles que dejaron España por el Nuevo Mundo. La expulsión de los moros y de los judíos exacerbó la crisis económica, y España tuvo que pedir préstamos a los bancos del norte de Europa, mientras la mayor parte de la producción minera de México y Perú pasaba a los cofres de los banqueros ingleses y holandeses. Cuando estos finalmente empezaron sus propias colonias, casi un siglo después que España, cambiaron el sistema colonial fundado en la administración y el control estatal y, en cambio, se dedicaron a obtener el apoyo de los nobles, que financiaban colonias independientes en un nuevo tipo de negocio, la Compañía de Acciones Conjuntas. The London Company, the Plymouth Company, the Virginia Company y The Dutch West Indies eran compañías privadas que aseguraban la autorización de los monarcas para poblar y asentarse en nuevos territorios. Estas compañías transportaban a quienes iban al Nuevo Mundo, y lograban enormes ganancias con el comercio de pieles con los indios y la extracción de madera, hierro y otras materias primas, y con el cobro de precios exorbitantes a la Corona para establecer en los nuevos dominios a los descontentos y disidentes de las

metrópolis. Sin embargo, el éxodo masivo de Inglaterra y de Europa no era simplemente una emigración del continente de los perseguidos y destituidos, aunque algunos de ellos había. Más de la mitad de la población de las trece colonias antes de 1776 eran sirvientes que habían sido liberados, algunos eran convictos que habían sido dejados ir de las cárceles inglesas durante el siglo XVII para poblar Maryland y las colonias de Virginia, y había además un considerable número de niños que habían sido secuestrados y vendidos como siervos. Los especuladores de tierras, que trabajaban con los mercaderes, orquestaron y organizaron la mayoría de estos éxodos.

El imperio español, por otro lado, era tan enorme que tenía una burocracia de más de un millón de personas y, como la mayoría de las burocracias, esta albergaba trabajadores civiles y de la iglesia y hacía que las decisiones y las innovaciones fuera muy lentas, lo cual trajo mucho descontento en las colonias. Mientras los ingleses tenían su tradición de especulación de la tierra, los españoles tenían lo opuesto, el mayorazgo, en el cual una familia rural o urbana mantenía su legado indivisible, que se pasaba de generación a generación al hijo mayor. Los otros miembros de la familia se podían quedar con porciones del estado familiar para administrar y vivir de él, pero nunca podían poseer la tierra y, lo que es más importante, no podían vender la porción que les quedaba. Finalmente, y quizás la distinción más importante, los colonos españoles e ingleses, trajeron con ellos tradiciones políticas muy diferentes. Hacia el principio del S XIX, 300 años de colonialismo habían dividido el nuevo mundo en dos entidades culturalmente enfrentadas, los anglosajones y los españoles, con pequeños grupos de portugueses, holandeses, franceses, y con las colonias caribeñas de los ingleses. En esos 300 años los colonos de las dos sociedades dominantes habían sufrido una enorme transformación. Ya no eran españoles o ingleses, sino anglo-americanos o latino-americanos, o hispano-americanos; habían adaptado su religión, sus formas de pensar, sus políticas-económicas, su música, su idioma, y su comida a las costumbres de las nuevas tierras y también se habían mezclado, o creado maneras de relacionarse con personas de otras razas y actitudes. Llegados al principio del siglo XIX, la pregunta que podemos y tenemos que hacernos es: ¿Por qué las sociedades españolas y sus colonias, tan ricas en recursos, a principio de ese siglo, se atrasaron y declinaron,

mientras que la república norteamericana floreció tanto? Esto es lo que nos ocupa en el período que va desde 1810, el principio de la independencia, hasta la guerra de 1898 entre EE.UU. y España.

3.2. La formación del imperio: 1810-1898

Cuando se embarcaron en las luchas por la independencia en 1810, las colonias americanas de España eran mucho más ricas en recursos, territorios, y población que el actual EE.UU., el cual apenas había ganado su independencia y formaba no más que una cadena de territorios vagamente relacionados, entre el Océano Atlántico y las montañas Allegheny. Su población en 1790 era de menos de cuatro millones. La mayoría de los americanos que hablaban inglés vivían en áreas rurales y, cuando llegó la revolución, había sólo cinco ciudades con más de ocho mil habitantes en todas las colonias. En contraste, las dependencias españolas en América parecían infinitamente más espléndidas. Su población excedía más de cuatro veces la de la América de habla inglesa. Alexander von Humboldt, el famoso viajero alemán del siglo XVIII, estimó que la América hispana al final de esa centuria contenía más de tres millones de blancos, 5,5 de mestizos, 7,5 de indios, y casi un millón de negros. Al fin del siglo XVIII, las provincias de la América española disfrutaban de una prosperidad nunca antes vista. Dados estos antecedentes, parecía que las dependencias españolas en América estaban destinadas a regir gran parte de lo que es hoy EE.UU. La frontera del imperio español se extendía hasta el río Mississippi ya que, en un acuerdo secreto firmado en 1762, Francia habría transferido a España sus reclamos a la Louisiana, un enorme territorio al oeste del Mississippi. La Nueva España, lo que es hoy México, se extendía mucho más al norte de lo que es su territorio actual, en lo que es hoy el sudoeste norteamericano. Además, los españoles tenían un interés substancial en el Caribe. En resumen, el desafío español a la América de habla inglesa al fin del siglo XVIII era ciertamente formidable.

Sin embargo, la fuerza interna del imperio no correspondía con su esplendor. Por el contrario, sufría de una amarga serie de disputas intestinas entre las diferentes clases y razas. Además, la

característica uniforme en el continente era la dureza y falta de flexibilidad del dominio español, lo cual contribuyó a crear formas de organización social que colocaron a Latinoamérica en desventaja con relación al mundo anglosajón. Algunas de estas formas sociales que no beneficiaron a Latinoamérica eran la organización señorial de la sociedad, la dependencia en el peonaje, y el sistema de castas y de privilegios. La América española había sido moldeada calcando a la sociedad del antiguo régimen y en algunas partes se parecía más a regiones atrasadas de Europa central y oriental que a los países europeos que la dominaban. El imperio español, además se mostraba incapaz de mantener su cohesión y, cuando el emperador Napoleón invadió la península ibérica en la primera década del siglo XIX, comenzó a desplomarse.

3.2.1. Los años de la independencia

A principios del siglo XIX pocos latinoamericanos hubieran podido prever cómo serían tratados por EE.UU. durante las luchas por la emancipación. La guerra de independencia de la nación del Norte había sido una enorme inspiración para los latinoamericanos y algunos de ellos hasta pelearon junto a George Washington, como Bernardo de Gálvez, el gobernador español de Louisiana, quien abrió un segundo frente contra los ingleses cuando invadió la Florida Occidental controlada por los británicos. Después del triunfo de la revolución, los patriotas latinoamericanos quisieron emular a los padres fundadores. Fray Servando Teresa de Mier, por ejemplo, viajó a Filadelfia durante la presidencia de Jefferson y frecuentemente hablaba de los escritos de Thomas Paine contra la monarquía. Quizás el mejor ejemplo de esta admiración hacia la nación del norte fue Francisco de Miranda, la estrella de la aurora de la independencia latinoamericana.

La chispa que encendió la independencia latinoamericana no vino de las colonias, sino de Europa. En 1808 Napoleón invadió España, y esto hizo que los criollos en las colonias siguieran a España en la resistencia al invasor. Al estar preso el rey, nombraron juntas para controlar los asuntos locales en su nombre. Las juntas

rebeldes de España pronto convinieron unas Cortes que promulgaron una constitución liberal la cual, por primera vez, daba plena ciudadanía a los sujetos coloniales. Sin embargo, no llegaron a dar absoluta igualdad a estos cuando rehusaron permitirles un número de delegados proporcional a su población, ya que la misma era más numerosa que la de España. Esta negativa decidió a los líderes criollos a romper con el gobierno Español y a declarar la independencia de sus países. A partir de entonces, la revolución latinoamericana siguió su propio curso. Aun cuando Napoleón fue derrotado en Waterloo y los reyes en España volvieron al poder, no pudieron volver a recomponer el imperio disgregado.

Durante la turbulenta y debilitante lucha por la independencia, los patriotas latinoamericanos miraron a EE.UU. como un ejemplo. La mayoría de los líderes norteamericanos, sin embargo, codiciaban las colonias españolas como blancos de la expansión de la nueva nación, y tuvieron poco en cuenta los deseos de los patriotas latinoamericanos. Miranda fue el primer sorprendido por esta actitud de EE.UU. En 1806 consiguió un empréstito de 12 mil libras del gobierno británico para organizar una expedición con el fin de liberar a Venezuela, y fue a EE.UU. para lograr mayor apoyo, pero el presidente Jefferson y el Secretario de Estado, Madison, no le prestaron apoyo. A pesar de esto, Miranda pudo reunir una fuerza rebelde y se dirigió a Venezuela. Sin embargo, los venezolanos lo confundieron con tropas británicas y, en vez de escuchar su grito de rebelión, se aliaron con el ejército español para derrotar a Miranda, quien apenas pudo evitar su captura huyendo del país. Una década más tarde, con la independencia extendiéndose por toda Latinoamérica a manos de Bolívar, EE.UU. tampoco lo apoyó a este. Monroe, primero como secretario de Madison y después como Presidente, insistió en la neutralidad de EE.UU. en las guerras de independencia de Sudamérica ya que, como Jefferson antes que él, Monroe quería mantenerse en buenas relaciones con España, de manera que pudiera eventualmente comprarle Cuba y la Florida y expandir aún más la nación. "No nos concierne Latinoamérica" escribió el editor de la influyente *North American Review*, Edward Everett (González, 2000: 33).

Había, sin embargo, razones más profundas para entender la negativa de EE.UU. a ayudar en la independencia latinoamericana, y una de ellas era el tema de la esclavitud. Quienes tenían

plantaciones miraban con alarma las guerras de independencia latinoamericanas y su duración, así como el hecho de que los criollos líderes como Bolívar estaban alistando a miles de pardos, mestizos, indios y esclavos en sus ejércitos, pagándoles con promesas de mayor movilidad social y, a los esclavos, con su libertad. Los esclavistas norteamericanos sabían que, después de la segunda derrota de Bolívar por la armada española, el presidente de Haití, Alexandre Pétion, había ayudado a financiar el retorno de Bolívar a Sudamérica en 1815, con siete barcos y 6 mil hombres. Subsecuentemente, las condenas públicas del libertador hacia la esclavitud enojaron a los terratenientes de EE.UU. Claramente los dueños de plantaciones de EE.UU. tenían miedo del fervor emancipatorio de Latinoamérica y de su repercusión en el norte. Hacia 1850 las ex colonias españolas habían abolido la esclavitud, y los estadounidenses temían que esto, inexorablemente, trajera una ola de liberación a los esclavos en EE.UU. Abandonadas por el gobierno norteamericano, vilipendiadas por los monárquicos conservadores de Europa, las repúblicas latinoamericanas concluyeron que su único aliado de confianza era Inglaterra, que había ayudado a Bolívar, a San Martín y a O'Higgins.

Las colonias españolas ganaron su independencia pero se dividieron en un número de repúblicas separadas. Durante las siguientes décadas los 4 virreinos españoles, Nueva España, Nueva Granada, Perú, y Río de la Plata, se fragmentaron en más de 12 naciones, la mayoría de ellas envueltas en luchas internas, con una situación económica decadente, deuda externa y dominación extranjera. EE.UU., por el contrario, se expandió dramáticamente en territorio, población y riqueza, llegando a crear una democracia estable y próspera y ajena a todo control foráneo. La desintegración de la América española en diferentes estados no ocurrió por falta de sabiduría política o habilidad, ya que la América pos-independiente tenía muchos, y valiosos, pensadores y líderes, sino porque las posiciones en Latinoamérica eran tan diversas en naturaleza, tan separadas por obstáculos geográficos y por la distancia, que las fuerzas de la historia y de la geografía provocaron una división que las fuerzas políticas no lograron sobrellevar. Hacia 1825, después de 17 años de sangrienta guerra, el imperio de España en América estaba en ruinas. Cuba y Puerto Rico aún permanecían como las últimas colonias en las Américas, y sólo se perdieron al fin del siglo

XIX. En el continente, un conjunto de estados independientes se enfrentaba a la difícil tarea de construir la prosperidad que habían perdido, si es que alguna vez la tuvieron. En 1826 Bolívar convino el primer congreso panamericano, donde elaboró la propuesta de una confederación hemisférica. Su plan era unir las naciones revolucionarias, y esto preocupó tanto a los líderes norteamericanos que el Congreso de EE.UU. demoró en mandar representantes hasta el fin de la reunión, y luego el gobierno le hizo saber a Bolívar que se oponía terminantemente a cualquier expedición para liberar Cuba y Puerto Rico.

Si los libertadores del sur encontraron a los políticos de Washington desinteresados, los latinoamericanos que vivían cerca de la frontera los encontraron francamente hostiles. La anexión de Florida entre 1810 y 1819 sentó la tendencia expansionista de EE.UU. a través de la frontera española. La compra de Louisiana por Jefferson en 1803 había incorporado el primer grupo de hispano hablantes bajo la bandera norteamericana. Pero la nación no compró Florida de la misma manera que compró Louisiana. El tratado Adam-Onís, que traspasaba el dominio de Florida, parecía más un chantaje que un tratado, culminando dos décadas de incesante presión en España por especuladores del sur de EE.UU. para que los españoles abandonaran el territorio, que era un área mucho más grande en tamaño que el estado actual, ya que se extendía a lo largo de la Costa del Golfo hasta las ciudades de Baton Rouge y Natchez.

Esta era la situación en 1822, cuando el presidente Monroe que, como dijimos, por años se había rehusado ayudar a Latinoamérica, de pronto cambió de política y fue el primer líder mundial que reconoció la independencia de México. Tratando de maniobrar sin comprometerse con los esquemas políticos de Inglaterra y de la Santa Alianza, Monroe declaró una de las doctrinas políticas más importantes en la historia del hemisferio, anunciando que los países latinoamericanos no podían ser más considerados como sujetos para futuras colonizaciones por parte de poderes europeos. Monroe hizo esta declaración a instancias de los británicos, ya que la Santa Alianza en Europa estaba dando su apoyo al rey de España, Fernando VII, para recobrar las colonias latinoamericanas e Inglaterra, convertida en el socio comercial más grande de Latinoamérica, temía que la reconquista por España de sus ex colonias arruinara este estado de cosas. Por lo tanto presionó

a Monroe para que mantuviera a los poderes europeos fuera de América. Esta nueva posición política de Monroe fue alabada primero por los líderes latinoamericanos, quienes pensaron que finalmente la neutralidad norteamericana hacia su lucha había terminado. Sin embargo, a pesar de las grandilocuentes declaraciones de Monroe, los gobiernos europeos llevaron a cabo más de una docena de intervenciones importantes en Latinoamérica durante el resto del siglo, y otras muchas intervenciones menores, sólo con la ocasional oposición norteamericana. Peor que los fracasos de EE.UU. de honrar su propia política resultaron ser las maneras como los presidentes que siguieron a Monroe hicieron que la política se volviera lo opuesto de lo que aquel pretendió. Latinoamérica, específicamente el Caribe, fue convertida en una región donde la esfera de influencia de EE.UU. era incuestionada. Bolívar, preocupado por la creciente arrogancia de los norteamericanos, declaró antes de su muerte que EE.UU. parecía destinado por la providencia a plagar a América con tormentos en nombre de la libertad.

3.2.2. Subsecuentes anexiones territoriales

Durante los siglos XIX y XX una sucesión de presidentes usaron las palabras de Monroe para justificar repetidas ocupaciones militares en las naciones latinoamericanas. Esta doble interpretación de la doctrina continúa hasta nuestros días y subraya la contradicción de EE.UU. y de su historia, entre las ideas de libertad de Norteamérica y su predilección por la conquista. El ejemplo más temprano, después de la independencia de las naciones latinoamericanas, de tal contradicción, se da claramente durante la nueva fase de expansión de las fronteras norteamericanas, hacia el Sur esta vez, con las repetidas anexiones de territorio mexicano entre 1836 y 1853. Antes de esta expansión, los EE.UU. de México, como se llamaba entonces, y EE.UU. de Norteamérica poseían una cantidad de territorio y de población extremadamente similar. En 1824 México tenía 1.700.000 millas cuadradas y 6 millones de habitantes, mientras que EE.UU. tenían 1.800.000 millas cuadradas y 9 millones

y medio de habitantes. Esta equivalencia se transformó radicalmente durante las tres décadas posteriores.

El gobierno mexicano permitía que los extranjeros se asentaran en el país siempre que obedecieran sus leyes y que se convirtieran al catolicismo. El asentamiento de San Felipe, en Tejas, fue tan exitoso, que se fundaron docenas de colonias anglos similares en el estado. Los colonos del norte comenzaron a establecerse hacia el este de Tejas y en la década de 1820 muchos de los nuevos inmigrantes ilegales ganaron, por medios fraudulentos, grandes extensiones de tierras. Hacia 1829, para tratar de cortar el influjo de inmigrantes el gobierno mexicano abolió la esclavitud de modo que los ciudadanos del sur de EE.UU. no quisieran emigrar a Tejas. Pero era demasiado tarde; los colonos anglos eran muchos más que los mexicanos y, cuando el general Antonio López de Santa Anna tomó el poder en 1833, uno de sus primeros actos de gobierno fue abolir las exenciones de impuestos, dándoles a los ciudadanos de ese estado, entonces, la excusa para romper con la "tiranía" de la ciudad de México. La secesión se volvió inevitable cuando Santa Anna, además, disolvió el congreso mexicano y proclamó el fin de los estados de los derechos estatales de México. Al hacer esto se puso como enemigo no sólo a los colonos norteamericanos en Tejas, sino a los mexicanos que querían derechos estatales, de Tejas a California. Después de la derrota de los anglos en el Álamo, la armada de Houston ganó la batalla decisiva de la guerra en San Jacinto, cuando capturó a Santa Anna y lo forzó a firmar un tratado reconociendo la independencia de Tejas a cambio de su libertad. A pesar de esta firma, el gobierno mexicano se negó a sancionar el tratado y los precisos límites de Tejas quedaron en disputa por algún tiempo. El territorio fue nominalmente independiente hasta su anexión a EE.UU. en 1845. La anexión de Tejas desató una fiebre expansionista hacia el Oeste. El slogan de la doctrina Monroe, "América para los americanos" no tenía ni siquiera dos décadas de existencia cuando un nuevo grito de batalla lo reemplazó en la imaginación popular: "Manifest Destiny". John O'Sullivan inventó el término en julio de 1845 en su publicación *United States Magazine and Democratic Review*. O'Sullivan, un publicista para el partido Demócrata y amigo de varios presidentes, tenía a Poe, a Whittier, y a Longfellow como contribuyentes a la revista. Quienes proponían el destino manifiesto, veían a los latinoamericanos como culturalmente

inferiores y careciendo de instituciones democráticas. Las creencias Calvinistas de EE.UU. reforzaron estas ambiciones territoriales. Los norteamericanos podían señalar la prosperidad de la nación, sus nuevos canales, ferrocarriles, y barcos como prueba del destino que les había dado Dios para conquistar la nueva frontera. Con los plantadores / estancieros del sur de EE.UU. presionando para aumentar los votos pro-esclavistas en el congreso, y muchos de los habitantes del Norte cautivados por las teorías raciales del destino manifiesto, la nación toda demandó anexar más tierras mexicanas y nadie se sorprendió de que la entrada de Tejas en la Unión precipitara una guerra con México. El avance norteamericano hacia México desató un debate nacional en EE.UU. acerca de cuánta tierra debía reclamar EE.UU. Si tomaban demasiado, decían en Norteamérica, el país podría absorber mexicanos que eran racialmente mezclados y eso, a largo plazo, amenazaría a los anglosajones del país. Finalmente, el tratado de Guadalupe Hidalgo del 2 de febrero de 1848 forzó a México a desprenderse de la mitad menos densamente poblada de su territorio, que incluía los estados que hoy son Nuevo México, California, Nevada, partes de Arizona, Utah, y el territorio disputado de secciones de lo que hoy es Tejas. Cinco años más tarde, EE.UU. agregó una porción adicional de tierra en Sonora, con el Gadsden Purchase (González, 2000: 44). El territorio anexado por el tratado de 1848 también incluía 150 millas del corredor de Nueces, entre el Río Grande y el Río Nueces. Esto era especialmente importante porque comprendía el fértil Valle del bajo Río Grande y porque las praderas de la región estaban repletas de caballos salvajes y de ganado montesco. En esas tierras mexicanas nacieron las bases del poderío económico y político norteamericano, así como la industria ganadera de EE.UU.

Pero Tejas, aun con todo lo que trajo a la Unión, no fue el premio más rico de la guerra con México. Este fue California. Así como el oro azteca enriqueció a España, el oro californiano enriqueció a EE.UU. Desde principios del siglo XIX los anglos se habían radicado en California pero, justamente dos semanas antes de que se firmara el tratado de Guadalupe Hidalgo que puso fin a la guerra con México, se descubrió oro en Sutter's Mill, en el Río American, y la noticia provocó una estampida de población de la noche a la mañana hacia ese territorio. El descubrimiento de oro y la "fiebre" que desató hizo que la gente de habla hispana pasara a ser

una minoría en su propia tierra. Las minas produjeron un cuarto de millón de dólares durante los primeros cuatro años y, mientras que en los primeros dos años del descubrimiento del oro los latinoamericanos eran un 15% de la población (1848/50), veinte años más tarde (1870) eran el 4%. Bajo el peso de esta nueva inmigración, la sociedad californiana, con sus tradiciones señoriales, anticuados métodos de producción, y clases aristocráticas, se derrumbó.

La combinación de riqueza animal y mineral que los anglos encontraron en las tierras anexadas a México, sumadas a la abundancia de trabajadores mexicanos, proveyeron la base de la prosperidad de EE.UU. en el siglo XX. Esta combinación hizo posible que la gran expansión de los sistemas eléctricos, del ganado, de la minería, de las ovejas y de la industria del ferrocarril, se extendieran por todo el país. Pero esta histórica contribución mexicana ha sido virtualmente olvidada de la historia de EE.UU., reemplazada por el mito del mexicano perezoso y pobre.

Las tomas de territorio mexicano entre 1836 al 1848, sin embargo, no fueron suficientes para satisfacer los esquemas expansionistas de los proponentes del destino manifiesto. Algunos querían quedarse con más tierra en México, sobre todo con los yacimientos minerales. Los terratenientes del sur de EE.UU., especialmente, querían las riquezas del istmo centroamericano, donde una media docena de repúblicas frágiles parecían estar listas para la conquista. De esta época datan la aventura expansionista de William Walker en Nicaragua, y la expansión norteamericana a Panamá para construir el Canal. Estas anexiones culminaron en la guerra entre España y EE.UU. La derrota de España finalmente logró lo que Jefferson, Adams, y los otros padres fundadores habían querido: Cuba y el dominio sobre Latinoamérica durante el próximo siglo. Las anexiones transformaron una democracia aislada en un imperio mundial. En el proceso, México perdió la mitad de su territorio y tres cuartas partes de sus recursos minerales. La mayoría de los presidentes norteamericanos respaldaron la ocupación de tierras latinoamericanas, considerando que el dominio de la región por EE.UU. estaba ordenado por la naturaleza. Pero la conquista de tierras se vio acompañada de la conquista de gente que EE.UU. no quería: nativos de las tierras conquistadas a quienes se empujó cada vez más al oeste o hacia el sur, para luego arriarlos, en el caso de

los indígenas, a reservas. Las fronteras españolas de EE.UU. habían sido vencidas; la próxima centuria revelaría el precio de esta conquista.

3.3. El Siglo XX: 1898 en adelante

En general, las anexiones territoriales cesaron después de 1898 y dieron lugar a la diplomacia del garrote y a la dominación financiera. La conquista económica reemplazó a la conquista territorial, al evolucionar la región y al empezar a desarrollarse en ella una multitud de corporaciones extranjeras. Hacia 1924 Latinoamérica tenía cerca de la mitad de todas las inversiones de EE.UU. Una serie de ocupaciones militares a principios del siglo permitió a los bancos y corporaciones norteamericanas ganar control sobre industrias claves en cada país. Gracias a la ayuda de élites locales y a los diplomáticos de EE.UU., así como a los comandantes militares que generalmente terminaban como socios de las nuevas firmas, los recién llegados pudieron establecer lucrativas concesiones, mientras que los países que los recibían caían cada vez más en deuda y en una situación de dependencia. Siempre que había conflictos entre los líderes nacionalistas recalcitrantes y las compañías extranjeras, estas simplemente llamaban a Washington para que interviniera, bajo el pretexto de salvar a los ciudadanos norteamericanos o de prevenir la anarquía cerca de sus fronteras, mientras que se le decía a la gente en EE.UU. que los latinoamericanos no eran capaces de gobernarse responsablemente. A medida que las plantaciones norteamericanas se extendieron a México, Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana, Honduras y Guatemala, millones de campesinos fueron obligados a dejar su tierra, algunos hasta a dejar sus países de origen. Al principio, esta migración se dirigió a países vecinos. Pero, con la Primera Guerra Mundial, que redujo la oferta de mano de obra, los industrialistas norteamericanos iniciaron una contratación masiva de latinoamericanos para producir materias primas en el frente doméstico, y así comenzó un proceso migratorio cuyos resultados, a largo plazo, transformarían a Norteamérica.

Mientras tanto, EE.UU. trataba de controlar la región a través de dictadores favorables a sus políticas, los “jefes” u hombres fuertes, y estos no fueron sólo los Trujillo, Batista y Somoza, sino también José Castañeda en Guatemala, Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador y Tiburcio Carías Andino en Honduras. Los unía el favor con el que recibían las políticas de EE.UU. y su posición anti-comunista, la cual los hizo aún más valiosos durante la Segunda Guerra y la Guerra Fría. Las inversiones directas de EE.UU. en Latinoamérica se triplicaron entre 1955 y 1969, la mayoría en minería, petróleo, manufacturas, y de manera similar aumentaron además sus márgenes de ganancias.

La Guerra Fría determinó que Washington enfatizara el control de sus intereses en Latinoamérica. Siempre que había regimenes democráticos o de izquierda en el poder que amenazaran el control directo de Washington y el clima de comercio para las compañías norteamericanas, EE.UU. intervino. En 1954 lo hizo a través de la CIA contra el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala. En 1961 la agencia organizó la fallida invasión de Cuba en la Bahía de Cochinos. Cuatro años más tarde, los Infantes de Marina invadieron la República Dominicana, cuando los rebeldes de ese país democráticamente estaban por derrotar a un grupo de generales que se oponían a la elección democrática de Juan Bosch. Algo similar sucedió en Chile con Salvador Allende, en Perú con Juan Velasco Alvarado en los años 1970, y en Nicaragua bajo los Sandinistas, en los 80. Cuando todo falló, los líderes norteamericanos volvieron a las invasiones directas, como sucedió en Grenada en 1983 y en Panamá en 1989.

Pero con la penetración territorial, económica y capitalista de EE.UU. en Latinoamérica, algo más empezó a pasar. La fuerza de trabajo latinoamericana comenzó a emigrar hacia el norte. Más de un millón de personas, un décimo de la población mexicana, emigró al suroeste de EE.UU. entre 1900 y 1930. Algunos estaban huyendo del caos y represión de la revolución de 1910, pero muchos eran reclutados como mano de obra barata para construir y mantener los ferrocarriles, las minas y las granjas del oeste norteamericano. Después de la Segunda Guerra, estos emigrantes se trasformaron en torrente, empezando por los puertorriqueños en 1950s, seguidos por los cubanos y dominicanos en los 1960s, los colombianos en los 1970s y los centro americanos en los 1980s. Las migraciones venían

de los mismos países del Caribe que los soldados y hombres de negocios norteamericanos habían ya penetrado y transformado. Pero la diáspora de cada país era marcadamente diferente en su combinación de clases, educación, historia, y costumbres. Sus odiseas individuales eran tan ricas como las tan variadas de los ingleses, irlandeses, italianos y polacos. Sin embargo, se los englobó como una sola corriente migratoria ya que compartían dos cosas, el lenguaje y la religión. A finales del siglo XX, estos latinoamericanos comenzaron a transformar el país al que llegaron de maneras inesperadas, y la conquista norteamericana de Latinoamérica volvió a sus propias costas.

4. LA IDENTIDAD

Teniendo en cuenta estos desarrollos históricos se hace más comprensible la formación de las comunidades hispanas en territorio de EE.UU., lo cual a su vez ayuda a entender la cuestión de la identidad como el resultado de fuerzas socio-históricas y políticas, despejando el horizonte de conceptos y prejuicios raciales o étnicos que tienden a enturbiar las aguas y no aclaran el tema. En *El general en su laberinto*, Gabriel García Márquez presenta a Simón Bolívar reflexionando acerca de su pasado sueño, fallido por supuesto, de unificar la que había sido la América española en una sola nación. Bolívar veía a la nación-estado, el análogo liberal de la construcción del pueblo donde el ciudadano reemplaza la noción del sujeto, como el lugar por excelencia para dar un marco a la organización de las nuevas repúblicas. La construcción del estado liberal, que acoge hoy en día a las comunidades que no comparten la cultura de la mayoría, como es el caso de los hispanos en EE.UU., pregunta ¿cómo se puede organizar la nación para hacer que la libertad y la solidaridad sean dos aspectos del mismo tema? En EE.UU. se hace posible pensar que el sueño de Bolívar se haya hecho realidad en la unidad pan-hispánica, aunque la misma se dé dentro de un estado multicultural y multiétnico, y de manera políticamente pacífica. El repaso histórico antes hecho evidencia que tal pan-hispanidad es, en parte, el legado del encuentro entre las culturas europeas y las del

hemisferio Occidental, y en parte el legado del encuentro entre las colonias españolas y las inglesas, además del encuentro entre las nociones de destino manifiesto de EE.UU. y la vida de las naciones independientes de América Latina. La categoría de "hispanos" que nace de estos varios encuentros históricos ha significado el agrupamiento de pueblos en su mayoría no-blancos, y dicha agrupación nos lleva preguntarnos, retomando el tema de la introducción, ¿qué es, pues, esto de "hispano" o "latino"? Jorge Gracia define el término como el grupo de gente que comprende los habitantes de países de la Península Ibérica después de 1492 y sus colonias después del encuentro entre Iberia y América, y los descendientes de la gente que vive en esos países. La noción es problemática porque requiere que quienes han sido colonizados por los Iberos empiecen a concebir su identidad como separada de las culturas regionales de América, de modo que el proceso que viven los hispanos o latinos en EE.UU. no es nuevo, sino que parece una repetición del que se ha estado viviendo desde el Descubrimiento o Encuentro en adelante en cada nación hispanoamericana. Además, como afirma Laura Moya, el concepto de identidad hispana así definida se encuentra sin contenido en un número de niveles. No provee información acerca del lugar de nacimiento de la persona a que se aplica, su nacionalidad, estatus social o económico, lenguaje, religión, filiación política, o ni tan siquiera a qué centuria pertenece. Como tal, oscurece más que ilumina la identidad de la gente que quiere describir (Moya, 2001: 2). Para complicar las cosas se puede decir que la categoría de "hispano" es una abstracción, pero una abstracción diferente a las abstracciones de "cubano" o "mexicano", por ejemplo. Decir que la idea de "cubano" o "mexicano" son abstracciones, es cierto, pero estas categorías tienen al menos cierta base empírica e intersubjetiva o comunal para localizar sus raíces. Decir que uno es "hispano" es hacer una aclaración sobre las maneras como la herencia étnica y cultural latinoamericana se concretiza dentro de la cultura general de EE.UU. Otra manera de formular estas nociones es afirmar que el único lugar donde hay hispanos es EE.UU.

La existencia de una identidad hispánica en EE.UU. surge como una manera de responder de manera coherente a una política de identidades nacionales definidas en términos de las políticas de los grupos de interés; es decir, expresada en términos de la cultura

política en EE.UU., lo cual ha llevado a la creación de un grupo abarcador, como un paraguas que subsume las culturas nacionales individuales. Imaginemos que uno es miembro de un grupo cultural identificado como un subgrupo (mexico-americano, puertorriqueño, cubano, etc.); imaginemos además que uno ha examinado el panorama político de EE.UU. y, después de hacerlo, se pregunta ¿cómo puedo organizarme de manera que las cuestiones que me interesan entren dentro de la agenda política nacional? La respuesta obvia es que uno debe organizarse de manera que el grupo al que pertenece establezca una presencia política a nivel nacional. Pero ¿cómo se llega a tener una presencia política nacional? Mirando las distribuciones de las culturas nacionales hispanas y las diferentes culturas de EE.UU., uno descubre rápidamente las nacionalidades que invoca y los lugares donde se afincan. Se revela entonces que los grupos que tienen una voz en la política a nivel nacional están conformados por distintas identidades cuasi- raciales, más que nacionales. También se nota que los subgrupos culturales dominantes se replican a si mismos, de manera que sus miembros forman subgrupos que son también parte de los grupos dominantes. Entonces, en este punto, surge la cuestión de ¿cuál va a ser la identidad de este grupo que quiere influir en la política nacional? Una posible fuente de identidad transnacional es organizarse de acuerdo a la identidad del colonizador. Este es un primer paso útil porque crea una inmediata distinción entre uno hispano y quienes han sido colonizados por los británicos o los franceses. Aún más, hay variantes específicas de la experiencia histórica que pueden ser mostradas, ocultadas o reprimidas, como se haga necesario. La identidad hispana o latina puede entonces utilizarse para organizar el avance de objetivos políticos específicos. El grupo, además, se organiza como una fuerza nacional y deja de lado conflictos de clase o nacionales como estrategia para poder intervenir en la política de EE.UU. El problema es que de esta manera estamos haciendo un grupo con componentes que, en principio, no son tales, es decir, que no tienen “esencialidad”. Pero la idea de organizarse, basada en una identidad hispana, es coherente con el manejo de la cosa pública en EE.UU., que se basa en las diferencias culturales y/o raciales y en el uso de un eje racial bipolar de blanco-no blanco. Luego, la identidad pan-hispánica implica que hemos ya asumido todas las diferentes culturas nacionales y nos encontramos respondiendo a intereses de

grupos, para lo cual tiene sentido usar un término que crea, en efecto, una falsa categoría racial. Este gesto falsifica una raza, define la etnicidad en términos raciales, y concibe una identidad política que quiere ser organizada alrededor de la bipolaridad racial blanco-no blanco del dominador. A pesar de la racionalidad de esta respuesta desde el punto de vista de las élites la estrategia es un tanto inestable; de hecho la bipolaridad de esta política racial se encuentra bajo estrés precisamente por la racialización de las políticas étnicas. La creación de una falsa raza crea, además, una tripolaridad que subvierte la idea de raza en sí misma. A pesar de ello, la identidad pan-hispánica, dentro de la estructura de los grupos pluralistas de EE.UU., crea entonces una forma de disciplina política que permite que los grupos étnicos se muevan fuera de sus políticas raciales o nacionales bajo la rúbrica de una identidad hispana. La misma es situacional, fluida, multifacética, parte de una constelación de identificaciones individuales múltiples a disposición de los individuos, quienes pueden manejarlas de diferentes maneras.

El beneficio de organizarse de acuerdo a la identidad del colonizador tiene ciertas ventajas. Una vez creada una identidad política pan-hispana mediante una falsa etnia, los grupos que pertenecen a esta identidad, mexicanos, cubanos, puertorriqueños, etc., ganan un espacio y una técnica para manejar las discusiones raciales y los conflictos en la sociedad donde habitan. Así, definidos los hispanos como un grupo de intereses políticos, tiene sentido para un puertorriqueño negro transformarse en hispano en lugar de ser un afro-americano para la sociedad dominante, si la ventaja política específica de ser puertorriqueño es más importante que la podría ganar siguiendo las líneas raciales de blanco-negro. Los subgrupos específicos participan de esa identidad en la medida en que les permite acceder a la agenda política nacional y, a través de ella, a la distribución de bienes sociales y políticos. Esta participación transforma las opciones políticas de los grupos locales, si bien los obliga a mantener la ficción de la identidad que los agrupa, fundada en principios raciales. Tal organización requiere que se reconozca también que el fin último de este tipo de organización es llegar a borrar la distinción entre hispano y blanco. La organización racial ofrecida a los hispanos es una forma de asimilación cultural que elimina el poder de un grupo nacional específico, y es posible, precisamente, debido a la fundación no-racial de la categoría

“hispana”. En suma, la raza y las identidades que ella sostiene son más bien un proceso político y no una categoría “natural” dada, y los grupos que se formen alrededor de la raza, y no de nacionalidades o culturas, en el esquema político norteamericano, van a tener más posibilidades de que su voz se escuche a nivel nacional. Volverse “hispano” entonces, es dar vuelta la idea de la identidad étnica, es un paso intermedio a la asimilación, o puede serlo, desde el momento en que, en último término, quiere dejar de tener identidades específicas para participar en la vida del país sólo como ciudadano.

REFERENCIAS

González, Juan. (2000). *Harvest of Empire. A History of Latinos in America*. Viking: New York.

Gracia, Jorge J. E. y Pablo de Greiff, eds. (2000). *Hispanic / Latinos in the United States. Ethnicity, Race, and Rights*. New York: Routledge.

Huntington, Samuel. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, trad. Albino Santos Mosquera. Buenos Aires: Paidós, 2004. Primera edición: New York: Simon & Schuster.

Morales, ed. (2002). *Living in Spanglish: the Search for a New Latino Identity in America*. New York: St. Martin's Press.

Moya, Paula. (2001). “Why I am Not Hispanic: An Argument with Jorge Gracia,” En: *APA Newsletters* 0.2, Spring: 1-10.

Saldívar, José David. (1997). *Border Matters: Remapping American Cultural Studies*. Berkeley: University of California Press.

Torres, Gerald. (1998). “The Legacy of Conquest and Discovery: Meditations on Ethnicity, Race, and American Politics,” En: Bonilla, Frank, ed. *Borderless Borders: U.S. Latinos, Latin Americans, and*

the Paradox of Interdependence. Philadelphia: Temple University Press. 153-168.

White, Hayden. (1982). "Getting Out of History". En: *Diacritics* 12.3: 2-13.